

¡Cómo cambian los tiempos! Estas impiedades, casi blasfemias, habrían sido inconcebibles en un poema rolandiano del ciclo carolingio francés. Y Roldán no habría podido ser compañero de gentes tan impías. Orlando sí lo fue, y se sentía muy a gusto a su lado. Aunque no por mucho tiempo: Margutte murió pronto, y murió de risa al despertarse y ver cómo un mono quería ponerse las botas que se había quitado para descansar mejor. Morgante no le sobrevivió mucho tiempo, víctima de la picadura de un cangrejo. ¿Cómo y cuando murió el Orlando de Pulci? Cuando era de rigor, en Roncesvalles y como un héroe. Pero el burlón de Pulci no podía conformarse con el escueto relato de Turoldo -si es que lo conocía, cosa que dudo- ni con la pía historia del pseudo-Turpín, ni con lo que dijeron ninguno de sus antecesores, debido a lo cual, convirtió a Orlando en un taumaturgo que hizo su primer milagro antes de que le enterrasen. Cuenta Pulci que, al morir Orlando, después de haberse confesado con Turpín, quien demostró tener una manga muy ancha, ocurrió algo prodigioso: se apareció una paloma blanca y se posó en el hombro de Turpín, en el de Rinaldo, en el de Terigi y en el de Ricciardetto y todos se pusieron muy contentos porque pensaron que era el alma de Orlando. Pero el prodigio grande no es éste, sino que, habiendo querido Carlomagno, tras llorarle amargamente, que el mismo héroe le entregase su espada Durandarte -extraño capricho-, Dios le oyó e hizo que Orlando se levantara sonriendo, mientras el sol se paraba en el cielo, se arrodillase después, y entregase la espada al emperador. El comentario de Pulci no tiene desperdicio:

Quivi era ognuno in terra inginocchiato
 e tremava d'orrore e di paura
 quando vidono Orlando in piè rizzato,
 come avvien d'ogni cosa oltre a natura;
 però ch'egli era in parte ancora armato
 e molto fiero nella guardatura;
 ma perché poi riendo inginocchiassi
 dinanzi a Carlo, ognun rassicurosi. (XXVII, CCVIII).

(Todos estaban arrodillados y temblaban de horror y de miedo cuando vieron a Orlando puesto en pie, como sucede ante todo lo sobrenatural; pues todavía estaba armado en parte y tenía una mirada muy feroz; pero como después se arrodilló, sonriendo, delante de Carlos, todos se tranquilizaron.)

¿Se puede tomar en serio este milagro poético? Nada se tomaba en serio Pulci, y en ello coincidía con gran parte de la escéptica y rica burguesía florentina.

El Morgante habla de combates, de mujeres guerreras, de castillos encantados, de las intrigas de los magos y de las tretas del diablo. Es el antecedente inmediato del Orlando Innamorato del conde Matteo Maria Boiardo. Ambos poetas escribieron influidos por el espíritu de una sociedad que, tras la paz de Lodi, firmada el año 1454, hizo vivir a Italia una época de incauto y poco previsor optimismo -y parece mentira que la crítica no se haya referido a esta circunstancia histórica- predecesora de la turbación que habían de provocar la intervención extranjera y las luchas religiosas de la Reforma. La sociedad italiana quería divertirse, no deseaba tomarse las cosas demasiado en serio, y menos aún por el lado trágico. Era una sociedad que, si bien observaba las formas exteriores de la fe tradicional, se veía fuertemente afectada por la incredulidad, por el espíritu práctico, por la transigencia con los sarracenos, que le proporcionaban muy buenas operaciones mercantiles. No estaba el ambiente para cruzadas ni para mártires de la fe, ni había llegado el momento de plantearse las cosas hasta llegar a sus últimas consecuencias. A este estado de ánimo social responden, repito, los poemas